

La amenaza elegante

Estaba ante un campo de alfalfa mecido por el viento, ¿o no era alfalfa?, tal vez ni siquiera se trataba de un campo, en todo caso veía, o más bien sentía una extensión oscilante, algo sin nombre ni contornos que le causaba una dicha imprecisa, un verde bueno. Entonces vino el estruendo, el despertador que definía las cosas de otro modo: Marta en el fijo desorden de la cama, en las sábanas salmón que tanto le gustaban y de golpe le parecían repelentes como si estuviera envuelta en crema.

Extendió la mano y liquidó el sonido del despertador con un *zac* preciso: un insecto menos. En algún lugar la esperaban las pantuflas; sintió un olor a café negro, a pan tostado y estuvo a punto de dejarse chantajear por la idea del desayuno, del mundo restituido en una dorada rebanada de trigo integral. Demasiadas calorías.

Descubrió su *yukata* japonesa en el sillón del cuarto. El cinto había quedado en algún cajón del clóset, imposible decir cuál; se lo encontraba cada tercer día entre medias y blusas, y con el tiempo había adquirido un valor simbólico: tenerlo prisionero era ya una forma de adelgazar. Algún día se anudaría la bata con furor, algún día.

Las paredes desnudas, monásticas, le parecían Zen. Desde que empezó a vivir con Antonio se negó a colgar un solo cuadro. Y ya era antes de las musarañas. Antonio había aceptado con la silenciosa resignación de quien tiene sus ideas en otra parte, la punta de la lengua entre los dientes, su atractiva nariz enfilada hacia las huellas que sufijos y declinaciones dejaban en la nieve. Después de horas y horas ante el alfabeto cirílico, quedaba encapsulado, en su tundra personal. Sus facciones se combinaban de manera curiosa: tenía la quijada y la nariz de quien da órdenes y los ojos de quien las obedece. Esta mezcla de decisión y reserva le gustó desde que lo vio por primera vez y supo que era uno de los seres extraños que entraban al edificio de película de vampiros de la embajada rusa. Antonio traducía el día entero, con un ahínco casi físico, como si cortara hielo con un hacha. Le pagaban mal y ni siquiera gozaba del prestigio de quienes tenían vedada la visa a los Estados Unidos. Las cosas que sabía eran tan específicas que sonaban inútiles: las reglas del acento ambulante que a veces cae en la raíz y a veces en la desinencia y que a ella le parecía un enredado tiro al blanco.

En las noches, al regresar del trabajo, lo encontraba bajo un



cono de luz amarilla. Servía un par de vasos de tequila, se besaban y sentía el aliento de Antonio, acerado, metálico, tal vez producido por la inmovilidad. No era un olor desagradable, para alguien que amara los armarios antiguos.

Se mordió la uña del índice. Recordó su sueño en la alfalfa. Quiso volver a las sábanas que tal vez aún estuvieran tibias. Vio la huella que su cabeza había dejado en la almohada y recordó una palabra que Antonio le había enseñado: *skuchno*, una mezcla de tristeza y aburrimiento.

Estaba por meter el segundo pie en su pantufla cuando desvió la vista a la pared y sintió una descarga en las costillas, un escalofrío de mujer delgada. Antonio había pegado un recorte de papel, un héroe de historieta que descendía en paracaídas para realizar alguna hazaña. Además había escrito, con letra muy menuda, *La amenaza elegante*.

Rasguñó la pared hasta que no quedó rastro de la figura. Luego la frotó con un trapo húmedo; el letrero se convirtió en una mancha tenue. Antonio se había atrevido a escribir con pluma fuente, como si no bastara la avanzada de papel, esa metástasis del otro cuarto, la zona clausurada.

Fue a la cocina a dejar el trapo. Cuando se dio cuenta ya había comido dos panes con pasas. En la puerta del refrigerador un imán con frutitas de plástico sostenía una nota: "Fui por musarañas. Te dejé el mono en la sala. Besos." El camisón se le había llenado de migajas. Abrió el refrigerador. Se sirvió un vaso de leche. Bebió de prisa; la leche le dejó medias lunas en las comisuras de la boca.

En la sala, sentado a la mesa que Antonio usaba para traducir, estaba el muñeco. Olía a cartón y engrudo, como los Judas que se queman en Semana Santa. Antonio lo había hecho con paciencia, las chapas en las mejillas y las arrugas eran de un realismo extremo. Ese día, Marta lo iba a quemar frente a la embajada norteamericana. Antonio rara vez la acompañaba; había leído los más abstrusos manuales de economía política sólo para practicar el ruso.

En cierta forma aquel muñeco tan bien hecho cancelaba la figura en la recámara, en cierta forma.

Llevaba meses sin ir al estudio de Antonio y le extrañó el olor a encierro. Tuvo la sensación de no ver bien. Imposible afocar los diminutos recortes de papel que tapizaban las paredes, el techo, el suelo mismo. ¿Aquel punto borroso era un perro dálmata? ¿Realmente era eso un baúl con kriptonita y aquello una espada incandescente? Los objetos de los héroes eran manchitas brillosas. Pese a todo —y esto la hizo sentir en falta, como si le concediera un argumento a Antonio— distinguió algunas figuras emblemáticas: el Hombre Araña atinadamente pegado en las esquinas; Fantomas en su traje de etiqueta; Carlitos en su montículo solitario; el casco con cuernos de Asterix; Tarzán en una liana. Estuvo a punto de encontrar una secuencia, de trabar los personajes en una historia, pero cerró la puerta antes de que las manchas se convirtieran en imágenes, todavía una heráldica desafocada.

Antonio había empezado a recortar mientras leía; una forma de tener las manos ocupadas. Los papeles se fueron amontonando en el suelo del estudio. Una noche Marta lo encontró con los pies sumidos en una ola de colores sucios. Le exigió que pusiera orden de una vez. Antonio acató con la mirada y luego fue como si sus facciones imperiosas lo orillaran a otra solución. Recogió los recortes y los pegó en la pared, morosamente, con la misma delectación con que se perdía en las cláusulas subordinadas del ruso. Marta se rió al ver el resultado; el estudio se convirtió en una de esas incoherencias visuales que a últimas fechas se presentaban en los museos con el nombre de *instalación*.

—Te aceleraste —fue todo lo que dijo.

El acelere se repitió. Antonio se quedaba dormido con un personaje asomando de la bolsa de la pijama, los dedos ásperos por la goma.

Cuando Mandrake apareció haciendo un hechizo estrafalario en la cocina, Marta decidió ponerle un hasta aquí. Antonio prometió que sólo usaría las paredes de su estudio. No mostró la menor resistencia, el tema le interesaba poco. Tal vez por esto a ella no le importó que los recortes tuvieran nombre. Hablaron como si nada de musarañas, de un remedio para la gripe, de la vecina que se había teñido el pelo de azul, otra vez de musarañas.

En el Paseo de la Reforma encontró el acostumbrado desorden de los mítines. Había algo de picnic en la gente sentada en el camellón. Marta sorteó termos de café y canastas con tortas. Conocía a casi todos, al menos de vista. Se reunían de tanto en tanto a protestar por algún crimen americano. Se entretuvo viendo las estatuas pequeñas de Reforma; con sus casacas deci-

monónicas y sus miradas de incredulidad parecían situadas ahí por equivocación; al menos Marta conocía mucho mejor a sus distantes enemigos que a esos héroes difusos. Un hombre de barba blanca y patillas azafranadas le convidó un chocolate. Mordió con fuerza el relleno galletoso. Parecía que se habían reunido ahí para comer; las quijadas se movían con calma, como si los bocados no supieran. En eso apareció el orador. Era un muchacho de unos veintidós años, pero le faltaban varios dientes. Gritó a través de un megáfono. Su boca producía un vahído en el que a veces flotaban palabras. De cualquier forma hubo gritos, vítores, “el que no brinque es *contra*”, y todos saltaron en el camellón. El tráfico seguía su curso en Paseo de la Reforma.

Marta quemó su muñeco y alguien le prendió fuego a una bandera. El humo subió hacia los árboles marchitos.

Fue a una mesita atendida por el hombre de las patillas de azafrán y tomó un centenar de formas para recabar firmas contra la militarización del espacio. Caminó por el Paseo hasta el cine Diana. Se demoró ante la fuente en la glorieta; el agua descendía deslumbrante, metálica. Como otras veces pensó en caminar sin rumbo fijo, dejando que la ciudad se resolviera por sí misma, presentándole calles y edificios que no esperaba encontrar. Entonces se sintió acometida por la responsabilidad, la vergüenza con Alicia, que otra vez había tenido que suplirla y seguramente lo había hecho mal. Podía oír su voz de niña amaestrada en escuela católica, diciendo que los icebergs de veras-deveras eran de agua potable, pero qué injusticia pensar eso de la pobre Alicia, la blusa abotonada en ese cuello que reclamaba un camafeo, Alicia cubriendo sus fugas con palabras agudas y aplicadas.

Entró a la oficina en medio de un enredijo de llamadas telefónicas. Alicia iba de un aparato a otro, cargada de libros y tomos de la enciclopedia. Ofrecían información doce horas al día sobre los asuntos más inopinados: la carretera panamericana se interrumpe en el “tapón” de Darién, el fondo del mar ha sido menos explorado que la superficie de la luna, los cerdos no sudan, los pingüinos copulan una vez al año. Había cientos de empresas suscritas al servicio. ¿Para qué querían saber si los cerdos sudaban? Casi todas las respuestas aparecían en la rutilante pantalla de la Apple. Archundia, el operador de la computadora, tenía los oídos eternamente ocupados en la música de Daniela Romo y veía la pantalla con una curiosidad infatigable. Alicia tuvo que quitarle los audífonos para pedirle datos sobre las focas. Mientras tanto, Marta fue a su escritorio. Le deprimió ver una manzana mordida que había olvidado el día anterior. La carne blanca se había vuelto ámbar en los bordes. Tiró la manzana al cesto de papeles y descolgó uno de los teléfonos. Se entregó con tal velocidad a buscar longitudes de ríos que tardó en descubrir el recado sobre la mesa: *Te habló Fantomas*; tal vez Alicia había creído que Fantomas era un apellido portugués o algo por el estilo. Hizo a un lado el papel con la elaborada letra de Alicia, fue a ver a Archundia, le dio una lista de preguntas, se sumió en mapas y tablas estadísticas, contestó ocasionalmente el teléfono, le compró unas gomitas al vendedor ambulante que entraba a la oficina al mediodía, pensó en argumentos para que Archundia quitara su póster de Rambo, fue agotando su día, consumiendo cada una

de las opciones que le ofrecía esa oficina, toda papeles, datos y pantalla de computadora, pero de algún modo sabía que en su mesa la aguardaba un último saldo, la nota de Antonio que le traía la imagen de la mañana: el personaje en la pared blanca. Regresar a la casa sería enfrentarse con la mancha azulenta que la tinta había dejado en la pared, con Antonio, con el cuarto cerrado que de pronto le guiñaba un ojo al otro cuarto.

Antonio estaba asomado a la ventana. Se acercó a darle un beso.

—Hola.

—Quihubo. Estaba viendo el patio. Se murió Sebastián.

Sebastián era el loro de la vecina. Antonio había querido



que aprendiera a decir *na zdorovie*, para brindar con él en las noches, desde el balcón que daba al patio interior, pero el loro aprendió por cuenta propia a decir *Sputnik*.

—Se cayó al patio.

—¿Y no voló?

—Tenía las alas cortadas. Tal vez ni siquiera sabía volar. A lo mejor creía que era un gato. Ya ves que los pájaros se quedan con la impronta de lo primero que ven. Sebas veía puros gatos.

—Pobre *Sputnik*.

Marta abrió el tequila y cenaron quesadillas. Ella se sirvió tres, con mucha crema y salsa verde; como siempre a esas horas levantó un inventario de lo que había comido. Una vez más estaba del lado erróneo de las calorías.

—No sé cómo no lo notaste al entrar —le dijo Antonio—. Te vi desde el balcón, pasaste casi sobre Sebastián.

—Venía pensando en otras cosas.

—¿En qué?

—Tarugadas —otro eufemismo para las musarañas, pensó Marta, otra contraseña para avanzar en el desierto—. ¿Trajiste revistas?

Antonio señaló una pila junto a la puerta de la cocina. Las hojas estaban tan gastadas que no parecían hechas de papel. Capas y capas de algo más cercano a una tela raída o a una corteza musgosa.

—Mira, recorté unas cuantas.

En la mesa, bajo unas tijeras tan largas que casi sugerían una actividad de cirugía, había unos jirones coloridos, rodeados de las hojas de una traducción en proceso.

—¿De qué revista son?

—Sepa, no me di cuenta. Ve esa mosca.

Antonio jamás leía las historietas. La mosca gigante le gustaba como antes le gustó un héroe que empuñaba un relámpago. Marta le acarició la mano; le dio gusto que sus dedos no tuvieran pegamento.

Luego la cama y las sábanas color salmón y Antonio un poco triste, no lo dijo, pero estaba triste por el loro. Sintió el tobillo frío de Antonio y le puso encima su pie. La tibieza sugería un pie rosado. Antonio la tomó de la muñeca, le dio un beso en la frente, se reclinó contra ella y el camisón cedió bajo sus manos.

—Llegaron los cosacos —murmuró Marta y la frase le pareció estúpida. ¿En qué momento inventó esa contraseña para la menstruación? Ahora le parecía tan absurda como no hablar con él de la mancha azulosa, del ojo ciego en la pared. Las manos de Antonio se retiraron; le dio un beso en la frente; buenas noches, que sueñes con los angelitos, y luego la estación de duermevela en la que veía a Antonio con *Los supersabios* y las tijeras larguísimas; ella estaba en la cocina, ante un guiso amorfo, y de pronto aparecía en otro sitio, un paisaje verde, donde el aire era tibio y los loros sabían volar.

Archundia tenía gripe. Marta lo veía teclear tras la nube blancuzca de un vaporizador. De pronto otra figura entró a la nube. Le sorprendió distinguir el saco de pana verde de Fernández. Llevaba un grueso morral de cuero crudo. En la bolsa del saco, tres lápices afilados con esmero.

Fernández era el editor de Antonio; venía sonriendo, pero antes de saludar sacó un manuscrito del morral y Marta supo que esas hojas engargoladas significaban un problema así de grande.

—Antonio está en la luna. Mira nomás —Fernández hojeó el manuscrito con un pulgar ancho, que parecía remachado por un martillo—. ¿Ves esta frase? La tradujo tres veces, en tres versiones distintas, pero no nos avisó nada y el texto se fue a galeras. Ahora tenemos una versión triplicada de cada frase. Son tres traducciones entrelazadas. Le hablé para contarle, pero sólo logré hacerlo reír.

Fernández no preguntó “¿qué pasa?”, era demasiado educado, pero había ido a verla para eso, para cerciorarse de que Antonio no estuviera riéndose solo en un rincón de la casa.

—No es la primera vez que se le cruzan los cables a un traductor. A veces ya no saben ni en qué idioma piensan.

Las horas bajo la luz incómoda, la soledad, las muchas voces minaban a cualquiera. Fernández siguió hablando mientras ella pensaba en las musarañas, el único desvío en la rutina de Antonio; tal vez fueran un correlato visual de sus dificultades gramaticales o quizá tuvieran un efecto contrastante: una explosión de color que recibía como una lluvia bienhechora.

Le ofreció un nescafé a Fernández, le dijo que no, no he notado nada, Antonio está igualito, y así hasta que el saco verde volvió a pasar por la nube de vapor para salir a la calle.

Vio a Archundia tras el vapor hasta que le llegó una imagen

de otros tiempos. ¿De veras le había gustado tanto *The Phantom*? Tenía que reconocerlo, a los quince años no hacía otra cosa que tararear "Ámame" y pensar en el cantante de antifaz que se hacía acompañar de doce guitarristas que masticaban chicle al compás de la canción y tenían guitarras color flamínguo. Pero lo más importante era que ella sabía que la voz fantasmal era la de Pat Boone; llegaría el día en que el antifaz cayera al suelo tornasolado y todo cobrara otro sentido. Sin embargo, *The Phantom* se esfumó entre otras muchas extravagancias sentimentales, y el enigma quedó abierto. A ella había dejado de importarle hacía mucho. Una vez le contó a Antonio de su ridícula pasión, muerta de risa, y él la escuchó con más atención de lo que sugería su mirada ausente. El recorte de Fantomas era una prueba de que se acordaba.

Salió de la oficina sin deseos de ir a su casa. Quería prolongar los recuerdos de esa época absurda y agradable en la que ella se ponía algodones en los senos y podía comer bolsas y bolsas de golosinas sin pensar en su cuerpo ni en el oscuro destino de las bolsas de plástico.

Entró al almacén para dejar que el mundo se recuperara entre maniqués semivestidos, mercancías lujosas, sillones afelpados. Casi nunca iba de compras; la tienda tenía una cualidad de museo, pasaba de un departamento a otro sin ver precios, sintiendo los olores de lo nuevo. En el segundo piso estaba el sillón de fieltro que tanto le gustaba. La escalera eléctrica la dejó en la sección de salas. Sintió que atravesaba veinte hogares antes de sentarse en el sillón. A la izquierda tenía la chimenea. El sillón y los leños le hubieran parecido insoportables en otro sitio, pero ahí eran alegres de un modo ingenuo, como las ventanas de cartón de un escenario. Vio el trémulo resplandor del fuego artificial. Cerró los ojos. Acarició los costados del sillón. La chimenea producía un ronroneo suave. Pensó en los doce guitarristas en línea, masticando su chicle al mismo ritmo, ¿podía haber compañía más perfecta para el cantante sin rostro? Le dio gusto disponer de aquel edén de malvavisco rosa, aunque nunca supiera el nombre del protagonista, la única información que le hubiera gustado encontrar en la oficina. Abrió los ojos y vio al vendedor con su saco color camello. La saludó con un discreto ademán. Otra vez parecía cansado. Al fondo, muy al fondo, debía haber un despliegue de aspiradoras encendidas: dos pelotas giraban en el aire.

Después de un rato descendió a la planta baja. El aire olía a palomitas de maíz. Estuvo a punto de formarse en la cola de la dulcería. Iba a salir cuando vio un aparador con medias. Un cartón anaranjado anunciaba una estridente oferta. No fue esto lo que le llamó la atención. Las medias eran de agujeros. Hacía años que no las veía. No supo si estaban baratas porque se habían vuelto a poner de moda o porque nadie se atrevía a usarlas. Le gustó la malla negra: más que cubrir parecía tatuar las piernas.

Antes de recibir la bolsa ya sabía que esas medias se iban a ver pésimo en sus piernas regordetas; en cada agujero asomaría una cupulita rosácea. Imposible usarlas. De cualquier forma no se arrepintió de la compra; había entrado al almacén para violentar el día, las calles cargadas de noche. La bolsa apretada contra su costado le producía un agradable desa-

pego, no le pertenecía del todo, como el mapa de una ciudad que no pensaba visitar, medias que no tendrían piernas.

Se acercó al cono de luz. Antonio le había dejado una nota: *Al rato vuelvo*. Sacó las medias y las puso bajo la luz amarilla. La tranquilidad que había ganado en el camino empezaba a abandonarla. Al girar la llave en la cerradura sintió el palpito de una apuesta, una emoción de ruleta a punto de detenerse. Antonio fuera del departamento era un número equivocado.

Atravesó la sala. Abrió la puerta del cuarto con decisión, como para que el aire borrara las paredes. Sabía que iba a encontrar una señal pero igual sintió un sobresalto, como si su certeza llegara de lejos, una forma nubosa que de pronto cuajaba. Antonio había salido sólo para hacerse el encontradizo en la pared.

Se acercó al dibujo, esta vez un héroe desconocido, un corredor con órbitas en los ojos que sugerían eficazmente el delirio de una huida. Se sentó en la cama. Sintió un pliegue bajo las nalgas. Tuvo que alisar la colcha. Quizá por eso le gustaba tanto el almacén; no había nada que alisar.

Las medias seguían en la mesa; leyó un título entre los agujeros: *Muerte anunciada*. Antonio preparaba una antología del simbolismo ruso. Tomó el fajo de hojas y leyó unas líneas. No tenía calma para leer en orden. Fue dejando que su mirada cayera aquí y allá, encontrando lamparones de sinsentidos. Los títulos eran simples noticias del terror. Valeri Briusov: *La mazmorra subterránea*. Alexéi Remisov: *La extraviada*. Mijaíl Kusmin: *La sombra de Filis*. Fiodor Sologub: *El jardín envenenado*. En *Adán*, de Andréi Biely, encontró un pasaje que la obligó a releer:

Recordó su sueño en la alfalfa. Quiso volver a las sábanas que tal vez aún estuvieran tibias. Vio la huella que su cabeza había dejado en la almohada y recordó una palabra que Antonio le había enseñado: *skuchno*, una mezcla de tristeza y aburrimiento.

Pensó en lo que le dijo Fernández. Esta vez Antonio no repitió frases; la repitió a ella. No quiso seguir leyendo, se sintió incapaz de encontrar su macizo espectro en otras páginas.

Fue a la recámara. Encendió un cerillo. El héroe se consumió de prisa, dejando una sombra contrahecha en la pared, una pincelada carbónica.

Caviló en la escena que Antonio había incorporado a la traducción. Ella siempre le contaba sus sueños. Esperaba la cena para hacerlo. Era una forma de disolver los sucesos del día, de retomar la mejor hora de la mañana, con las paredes blancas y el contorno de Antonio en las sábanas.

Estuvo mucho tiempo sentada en la cama. Creyó oír varias veces la cerradura de la puerta pero siempre era un vecino de otro piso. Un gato maulló en el balcón y la portera bajó al patio a llenar un balde de agua. Varios aviones atravesaron el cielo muy a lo lejos. Se fue dejando llevar por el cansancio. Cuando puso la cabeza sobre la almohada se dio cuenta de que había llorado. Cerró los ojos sobre la tela humedecida y antes de dormirse, ya rodeada de una espesa oscuridad, vio un ful-

gor distante, un parpadeo de luz, el calor lejano de los leños que ardían sin fuego.

Al llegar a la oficina pensó en hablar a Locatel; descolgaría el teléfono para comunicarse con el archivo de los desastres. Pero se encontró con un recado en su escritorio: *Saludos de Fantomas*. Antonio no estaba en un hospital ni en un separo policiaco.

—Habló antes de que tú llegaras —le informó Alicia.

En la tarde se quedó media hora fuera del edificio, buscando señales de Antonio. Le costó trabajo aceptar que la tintorería fuera sólo la tintorería, a pesar del cancel que servía de impecable puesto de mira, que el fresno en la esquina no fuera más que un árbol despellejado; fingió interesarse en los corazones tatuados en el árbol, husmeó el delicioso vapor de la tintorería. Antonio no estaba ahí.



Al entrar al edificio, la hija de la portera la vio con temor; su rostro debía tener una expresión desencajada. Corrió a verse en el espejo. Una mujer regordeta, de mediana edad, con mechones castaños sobre las sienes, nada del otro mundo.

En los últimos tiempos hablaba poco con Antonio; la oficina, el ruso eran valores sobrentendidos. ¿Qué era lo último que ella le había dicho? "Llegaron los cosacos", no podía haber peor despedida. Trató de encontrar algo que le evitara ir a la cocina. Revisó la estancia hasta detenerse en las hojas en la mesa. Ahora no resistió la tentación. Al principio le costó trabajo abrirse paso en esos fragmentos enérgicos y desastrosos; al cabo de un rato, las hojas pasaban con celeridad entre sus manos; ya no buscaba el sentido del texto: se buscaba, se leía. Era como si Antonio hubiera estado llevando un diario demencial de ella. Sus días, sus sueños, sus recuerdos se sucedían unos a otros, pero disueltos en una trama incomprensible. Se vio afantasmada en muchas páginas; por lo visto, Antonio no hacía otra cosa que pensar en ella; su imagen aparecía en toda suerte de paisajes futuristas. Tal vez por eso en la noche soñó con calles de una desbocada geometría. Al fondo, en un plano inclinado, la esperaba Antonio con Sebastián al hombro; en su afán de aproximarse, Marta resbalaba y resbalaba.

Acostumbraba ir sola a los mítines, pero esta vez se sentía

ajena a lo que sucedía a su alrededor, desprotegida. Había dormido muy poco. No tenía un muñeco que quemar pero llevó el tambo de gasolina por si alguien lo necesitaba. Después de los discursos, se empezó a sentir estúpida junto al tambo. Le dio gusto que el hombre de barba blanca se lo pidiera. Lo acompañó a su coche, a unas cuerdas de distancia. El viejo parecía acostumbrado a quedarse sin gasolina. Llevaba un trozo de manguera en la cajuela; colocó un extremo en el tambo y se llevó el otro a la boca.

—¡Yo lo hago! —dijo Marta, con un énfasis que la sorprendió. Sintió el olor de la gasolina en la desembocadura de la manguera y aspiró con vehemencia. Le llegó un bocanada de aire alcoholizado y luego un chorro de combustible. Se tragó un buche antes de escupir, soltar la manguera, sentarse en la banqueta, ensayar una sonrisa que atenuara su vergüenza.

Cuando llegó al trabajo seguía eructando gasolina. Alicia estaba contenta y se equivocaba más que nunca. Había recibido dos rosas rojas en una caja transparente; se veían rígidas, tensas, como floretes para un duelo. Marta no tuvo energía para preguntar por qué dos rosas; ignoraba los aniversarios y los afanes privados de Alicia, y quería seguir haciéndolo.

No encontró recado de *Fantomas*. Se preparó un nescafé cargadísimo, cualquier cosa era mejor que el combustible que no dejaba de darle alcance.

Sintió una hinchazón en el vientre, en un sitio donde no sabía si estaba el páncreas. Se dio asco; su cuerpo se expandía poco a poco, a causa de guisos ya olvidados, y encima de eso la gasolina ingresaba a sus tejidos. Se acordó de cuando estaba embarazada y no hacía más que pensar en las deformaciones de su vientre. En el laberinto de mucosas, glándulas y secreciones había una expansión celular, el confuso advenimiento de unos ojos, una boca, dedos y uñas que quizá se parecieran a los suyos. Había ido sola al médico; cuando regresó y le contó a Antonio él le dedicó una mirada gris y solitaria. Las siguientes semanas fueron tristes. Luego su cuerpo siguió otros derroteros: el hambre loca a todas horas, la necesidad de mordisquear aquí y allá. Lo mismo le sucedía ahora; podía estar intoxicada pero el cuerpo reclamaba su ración.

Esa tarde los teléfonos no dejaron de lanzar un torrente de protestas. Alicia era una estúpida feliz y ella estaba al borde del desmayo, un klínex en la boca y una hilera de tazas de nescafé en el escritorio. Le pareció más absurda que nunca la avidez con que le preguntaron el diámetro de Júpiter. Salió de la oficina con las últimas reclamaciones zumbándole en los oídos.

Había perdido toda definición de los sabores en la boca. Al llegar al departamento sintió que también sus pulmones eran incapaces de registrar un aire nuevo, como si los cuartos ya hubieran sido respirados.

Contó sus pasos de un muro a otro. Se recargó contra la pared. Su espalda se deslizó lentamente hacia abajo, hasta llegar al piso. Vio el frutero vacío sobre la mesa; desde el suelo, adquiría una agradable inutilidad: un platón votivo, una urna sin cenizas, un cenotafio. Eructó. Se levantó. Tal vez el movimiento la aliviaría, pero pronto sintió las paredes progre-

sivamente cercanas, el vértigo de tantos pasos breves. Se detuvo, mareada, tratando de refrenar los eructos. Se acostó en la cama. Pensó en el tambo de gasolina, vio el gollete y el líquido rosáceo y espumoso, hasta que se quedó dormida. Vio el remanente de gasolina, poca cosa, pero lo suficiente para llegar al cuarto de las musarañas, escuchar el suave chapoteo de combustible, lanzar el cerillo. Se quedó absorta ante la jugosa combustión que vencía el papel y la madera. Las duelas soltaron un humo resinoso. Muy al fondo vio la puerta del pasillo. Le costó eternidades llegar al picaporte, correr el pestillo, salir al fresco aire de las escaleras. En el patio oyó ruidos, el entrechocar de cubetas metálicas, pasos en los charcos; seguramente habían conectado mangueras; en todo caso, ella sólo vio un riachuelo entre sus pies, las menudas riadas que iban a dar a una coladera oxidada. Se agachó y gritó sobre la coladera. Entonces se dio cuenta de su vestido de dominó: estaba en una historia de la antología rusa, *El curioso paralelogramo*. Se concentró en el diseño geométrico de su traje y en los gramos de su cuerpo; de algún modo supo que ese traje bombacho encubría a una mujer delgada. Volvió la vista hacia arriba, contenta. Antonio estaba en el marco de la ventana; sostenía unas hojas encendidas. Las agitó furiosamente pero no pudo apagarlas. Vio la mueca de dolor, los dientes blanquísimos contra el fondo de fuego, la mano que se abría para soltar un manojo de flamas. Luego Antonio cayó, muy despacio, y ella supo que no le iba a pasar nada. El hombre de patillas de azafrán y el vendedor del saco de camello estaban en el patio: aplaudían entusiasmados. Marta corrió hacia Antonio, que ya era auscultado por el montañista del departamento seis. No se veía mal, incluso parecía animado por el efecto de la caída. Sus ojos grises reflejaban las llamas de allá arriba. Marta se acercó a su pelo; olía a pollo quemado. Ella tenía las manos heladas; lo tocó apenas. Antonio hizo un gesto incómodo, como si sintiera gotas de agua. Luego cerró los ojos; sonrió bajo la caricia, abandonando el rostro al nervioso trabajo de la lluvia.

Cuando Marta abrió los ojos, sintió un poderoso olor a tequila. Sonrió al ver la pared plagada de recortes. Antonio estaba de pie junto a la cama. La miraba con ojos inyectados de sangre. Parecía diez años más viejo. Se levantó, lo abrazó, empezó a llorar contra su camisa olorosa a alcohol, a sudor, mientras él murmuraba algo, una manera de pedir perdón en su lenguaje común.

—Huele a gasolinera— le dijo y ella contó el incidente que ahora le parecía divertido.

Hablaron mucho rato. Tal vez porque acababa de salir de las imágenes del sueño, no le molestó que la historia de Antonio fuera tan vulgar, tan banal; si acaso le molestaron algunos detalles demasiado preciosos (el color mamey de las paredes del motel), como si recuperar los días de fuga con fidelidad fuera la mejor manera de negarlos. Su voz era un simple desgarrón, sus ropas apestaban, su quijada y su nariz se habían afilado en extremo. Se tendió en la cama, cerró los ojos, durmió varias horas. Lo primero que hizo al despertar fue desprender los recortes de la pared.

Esa misma noche volvió a la traducción. Trabajó con desnudo, casi hasta el amanecer. Marta aprovechó un

momento en que fue al baño, para quitar las medias de la mesa. Le recordaban la historia de Antonio. Las tiró a la basura con el mismo gusto con que las había comprado.

Antonio trabajaba en silencio. Las pilas de historietas descansaban en un pacífico rincón de su estudio. Una noche habló de tener un hijo.

—Puedo quitar las musarañas. Necesitamos más espacio.

Ella vio con los ojos grises que tanto le gustaban y ahora le impedían hablar. Marta hubiera querido argumentar algo, recurrir a la alarmante descarga de la computadora, a los datos de un mundo complicado, pero había caído en un pozo, lejos de las ideas ordenadas. Sonrió, sólo por hacer algo, para quebrar la fuerza de ese momento nulo. Temió que él insistiera en el tema, pero lo vio regresar a sus hojas en la mesa. Ella se asomó al balcón del patio.

Después de una hora oyó la voz de Antonio.

—Me voy a acostar.

—Ahí voy —contestó Marta, pero pasó mucho rato contando los aviones que atravesaban el cielo.

Antes de acostarse se le ocurrió ver la traducción de Antonio. En la última hoja encontró una línea que le causó una sorpresa muy menor, como recibir una carta con un sello extraño: "Se quedó absorta ante la jugosa combustión".

Fue al cuarto de las musarañas. Vio las tijeras en la mesa, con las hojas abiertas, como si gritaran. Regresó a la sala. Recortó "jugosa". Luego el resto de la frase.

La noche siguiente, Antonio le dejó el borrador de *El curioso paralelogramo*. Costaba trabajo leer esa versión tan desmadejada. El autor parecía incapaz de optar entre una secuencia y otra, como si esperara del lector alguna decisión urgente. Marta hizo varios recortes y los dejó sobre la mesa. Sabía que Antonio le respondería. Mandrake volvió a un recóndito rincón (Marta tuvo que colocar una caja de libros sobre una silla para darle alcance).

En el trabajo, cuando debía concentrarse en la conquista del Everest o el ganador de Wimbledon, pensaba en las tijeras plateadas, en sus hojas larguísimas. *El curioso paralelogramo* había ido avanzando, cada vez tenía más sustancia que recorrer. Por otra parte, las respuestas de Antonio se volvían difíciles de atrapar. Encontró a un héroe espectacularmente electrocutado atrás de una cómoda. Lo incendió sin miramientos.

Mientras Antonio dormía, ella escuchaba el agradable triscar de las tijeras: *zac*, un insecto menos. Suprimió el escape por la alcantarilla, los nudillos rotos en el espejo, la terca sílaba que causa heridas, los escalones infinitos que llevan a la plaza vacía, la bombilla de luz verde. Luego lamió la hoja afilada; un regusto metálico, acerado.

Llevaba semanas sin ir al sillón del almacén. De hecho, cada vez salía menos de la casa. Si no respondía puntualmente a sus mensajes, Antonio volvería a desaparecer. Además, el relato crecía hacia ella. Una noche incluso cambió de título. Recordó la primera figura que apareció en su recámara.

Estaba ante un campo de alfalfa mecido por el viento. Había llegado el momento de cortar desde el principio. ♦